



Vigilia y Eucaristía con motivo de la aparición de los estigmas de San Francisco

Homilía

Monte Alverna a 16 de septiembre de 2026

Gn 12,1-9; Heb 11,8-12; Lc 9,51-62

Han llegado hasta aquí a pie. Para caminar, y más aún para caminar de noche, hay que dejar algo atrás: aligerar la mochila, y no solo la mochila. Quien camina lo aprende pronto: solo se llega a un destino dejando atrás un peso.

¿Qué dejaron atrás para estar aquí esta noche, listos para atravesar la oscuridad con la única luz de la Eucaristía? La Palabra que acabamos de escuchar enciende esa luz y viene a nuestro encuentro.

Abraham es un hombre rico, lleno de certezas. Basta una palabra para ponerlo de nuevo en marcha: una palabra que resuena como en la mañana de la creación y que, al pronunciarse, ya cumple lo que promete. Abraham se pone en camino sin saber adónde va. La Carta a los Hebreos lo dice sin florituras: obedeció y partió, sin saber adónde iba. Es el comienzo de un despojo que durará toda la vida, hasta depositar en Dios toda certeza. Esto es la fe: ponerse en camino hacia una promesa que aún no se ve, pero que ya es real.

En el centro del Evangelio, Jesús se pone en camino hacia Jerusalén. Lucas utiliza una expresión contundente: «endureció su rostro». Concentra todo su ser en el camino. Ante él se encuentra la Pascua: no solo la meta, sino la fuerza que le impulsa a partir y lo lleva a la plenitud. Y es precisamente en el camino donde llama a seguirlo. A quienes lo siguen les pide lo mismo que se le pidió a Abraham: dejarlo todo y no mirar atrás. Ir con él hacia la Pascua significa dejarse liberar de todo, para encontrar en Dios la propia riqueza.

Francisco llega al Monte Alverna tras muchas noches como esta, y en cada una de ellas había dejado atrás algo de sí mismo. Llega aquí por fin libre: liberado de lo que poseía y, sobre todo, de esa parte de sí mismo que a toda costa quería triunfar y afirmarse. Libre y entregado.

Es entonces cuando el amor de Cristo puede llegar a él de una forma nueva, que no esperaba. Ese rostro era el que Francisco siempre había buscado: en el leproso al que abrazó en la llanura, en el Crucificado de San Damián que le había hablado. Había abierto el Evangelio en la iglesia de San Nicolás y allí había encontrado las palabras que llaman a dejarlo todo, a tomar la cruz y a seguirlo; y esas palabras las había puesto al principio de su Regla, como sello de su libertad.



Aquí, en la montaña, ese amor lo alcanza en su carne. Los estigmas no son la recompensa de una vida santa: son la huella de un amor que ha podido tocarlo porque, por fin, lo ha encontrado libre.

Quien vela, observa. Y quien mira durante mucho tiempo se convierte, poco a poco, en lo que mira. Clara lo había comprendido en San Damián, ante el mismo Crucifijo: en su última carta a Inés de Praga, la invita a fijar cada día la mirada en ese espejo y a dejarse transformar a imagen de Aquel que resplandece en él. Francisco se ha transformado en carne, Clara en la mirada: es obra del mismo Amor. Ustedes también, esta noche, velen. Y velar significa también esto: aprender a mirar, para dejarse transformar por Aquel a quien miran.

Luego, Francisco baja del Monte Alverna y sigue caminando. Lleva consigo una nueva palabra, la de la cruz, que anunciará por pueblos y ciudades como palabra de paz. Ese camino no se detiene aquí. Hace ochocientos años, en estos mismos días, lo llevará hasta el 3 de octubre de 1226, a la Porciúncula, el seno desde donde todo había comenzado. Y en el vuelo de las alondras que acompaña su paso hacia el Padre, ese camino parece continuar aún.

Este año celebramos el centenario de aquel Tránsito. Pero la nueva vida que sigue brotando de sus heridas no llega a su fin.

Queridos jóvenes, han subido a esta montaña en una noche de su vida. Es una época que a menudo da miedo: el futuro parece incierto, el mundo está herido y, a veces, incluso el corazón se nos hace pesado.

Pero están aquí. Han caminado en la oscuridad. Y quizá eso ya diga algo de ustedes.

No se ve todo el camino antes de emprenderlo. Abraham partió sin saber adónde iba. Francisco subió por los bosques hasta esta montaña sin poder imaginar lo que aquí recibiría. Tampoco ustedes tienen que tenerlo todo claro para ponerse en manos de Dios.

Déjense llevar.

No tengan miedo de dejar atrás lo que los agobia. No tengan miedo de mirar a Cristo. No tengan miedo de entregarse a él: quien se entrega a él no pierde su vida, sino que recibe una nueva.

Velen y observen.

De estas llagas, en el Espíritu, sigue brotando una vida nueva.

Mañana retomarán el camino. Tal vez con alguna pregunta todavía abierta. Tal vez sin saber del todo adónde los conducirá la ruta. Pero, si han dejado entrar en el corazón su mirada, partirán de nuevo más libres, más pobres, más abiertos a la promesa.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM
Ministro general